

El miedo al totalitarismo en los albores del discurso neoliberal

Sebastián Botticelli

Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de
Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires/
Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina)

Resumen

El presente artículo se propone relevar algunas de las particularidades que adoptó durante su etapa de gestación y surgimiento esa tendencia que luego sería conocida con el nombre de “neoliberalismo”. A tal fin, se analizará un tópico al que los economistas de las Escuelas de Viena y de Chicago otorgaron un lugar central: el miedo a la potencial expansión del totalitarismo, apelación basada en la invocación de las experiencias históricas que supusieron la Alemania nazi y la Unión Soviética stalinista. Se buscará mostrar cómo dicha apelación cimentó las críticas que los autores neoliberales dedicaron a las estructuras de protección social características del *Welfare*. Para ello se atenderá a la relación que estos discursos establecen entre las nociones de individualidad, libertad, democracia, sociedad y Estado. Se aspira a que este trabajo sobre la historia conceptual discursiva del siglo XX permita una aproximación a las transformaciones que el neoliberalismo ha experimentado durante las últimas décadas. Y, en términos más generales, también se apuesta por la posibilidad de que el presente escrito colabore con la ardua tarea de pensar críticamente nuestra actualidad.

Palabras clave: neoliberalismo; totalitarismo; discurso económico-político; estado de bienestar.

Artículo recibido: 02/02/16; **evaluado:** entre 09/02/16 y 17/03/16; **aceptado:** 18/03/16.

Introducción

Tras el final de la Segunda Guerra, una nueva tendencia comenzó a difundirse en la región del planeta que por entonces buscaba identificarse con el nombre de “mundo libre y occidental”. Se trataba del miedo al totalitarismo. El despliegue de esta sensación no apeló a las potenciales consecuencias desconocidas de alguna amenaza oculta; antes bien, se apoyó en referencias concretas: la experiencia de la Alemania nazi que había conducido al mundo al borde del colapso bélico y cuyos horrores más profundos recién comenzaban a salir a la luz y la amenaza de la Unión Soviética stalinista caracterizada como una fuerza poderosa y siniestra que ambicionaba extenderse más allá de sus fronteras. Dentro del marco de estas alusiones, el totalitarismo fue presentado como un peligro tan identificable como real.

Durante los años de la guerra (1939-1945) el temor a la propagación de esta tendencia había estado relacionado con la posibilidad de que triunfaran aquellos países que manifestaban explícitamente sus intenciones expansionistas pero finalizados los combates entre ejércitos, este miedo experimentó una suerte de reordenamiento. Las posibilidades de propagación del totalitarismo comenzaron a ponerse en relación con el desarrollo de factores internos a cada nación, como por ejemplo la proliferación de ideas socialistas y comunistas.

La difusión de este renovado temor y sus correspondientes dinámicas de paranoia social fueron fomentadas por intervenciones realizadas en distintos niveles y por distintos actores. Entre ellos, se destaca un conjunto de voces que, desde una perspectiva economicista, acusaban a los dispositivos de protección social propios del *Welfare* de configurar una matriz que conduciría irremediablemente hacia formas de gobierno totalitarias.

El presente escrito se propone revisar la presencia de esta particular apelación al miedo en los primeros discursos que desde mediados de la década de 1940 comenzaban a configurar eso que hoy suele designarse con el nombre de “neoliberalismo”. Cabe aclarar que a lo largo de estas líneas no se buscará poner en discusión la validez de las conceptualizaciones del totalitarismo presentes en esos discursos. En lugar de eso, se intentará revisar desde una perspectiva crítica los supuestos sobre los que estriban aquellas estrategias argumentales. Para eso se atenderá especialmente a la forma en la que los autores neoliberales relacionan las nociones de individualidad, libertad, democracia, sociedad y Estado. El desarrollo de esta propuesta estará atravesado por tres vectores que no serán tematizados pero cuya influencia resulta conveniente explicitar.

La primera de estas influencias remite a las hipótesis de raigambre foucaultiana en torno al surgimiento del liberalismo clásico y del neoliberalismo del siglo XX. El neoliberalismo aparece dentro de estas interpretaciones como una reacción frente a las lógicas de gobierno promovidas por el keynesianismo. Dicha reacción no aboga únicamente por una reducción de las estructuras de la administración pública sino que además postula la necesidad de que el

Estado intervenga a favor de la generación y reaseguro de las condiciones de la competencia mercantil (Foucault, 2004a y 2004b; Miller y Rose, 1992).

La segunda influencia responde a la forma en la que la noción de “ideología” aparece en el tratamiento de autores como Slavoj Žižek. Desde estas miradas, la ideología se corresponde con un espacio efectual dentro del que ciertos contenidos cobran relevancia a partir de la forma en la que se relacionan con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación. En ese sentido, el trabajo crítico sobre una cierta ideología no tiene que ver con desenmascarar mentiras y descubrir verdades ocultas. Antes bien, se trata de comprender de qué manera los contenidos ideológicos –sean estos “verdaderos” o “falsos”– son funcionales a ciertos modos de dominación social (Žižek, 1992).

La tercera influencia remite a la distinción entre el miedo y el terror que Roberto Esposito propone en su interpretación del pensamiento hobbesiano. Esposito destaca que la definición de la naturaleza humana articulada por Hobbes produce una forma de miedo racional que impulsa a los individuos a actuar en pos de superar la situación de guerra de todos contra todos en la que se vive en constante peligro de perecer a causa del ejercicio de la violencia. Esa acción adquiere la forma de un pacto del cual surge el Leviatán, quien debe consolidar su autoridad aterrizando a sus súbditos a partir del monopolio del uso legítimo de la fuerza. En esta descripción el terror que produce la amenaza del castigo del Leviatán paraliza al potencial insubordinado mientras que la sensación de miedo que prima en el estado de naturaleza impulsa a los humanos a hacer algo para intentar solucionar dicha situación (Esposito, 2003). Será importante tener presentes estas ideas cuando se consideren las reacciones sugeridas por el pensamiento neoliberal tras la descripción de los peligros totalitaristas adjudicados al *Welfare*.

***The Wave* como disparador de la reflexión: dos versiones para un mismo experimento**

En el año 2008 se estrenó *Die Welle (La Ola)*, película alemana que narra lo acontecido durante un inusual experimento pedagógico en el que un docente de escuela media busca nuevas formas de enseñar las implicancias de las autocracias y las dictaduras. A partir de la repetición de lemas como “el poder mediante la disciplina” o “la fuerza mediante la comunidad”, el profesor propone a los estudiantes seguir un conjunto de estrictas reglas de conducta. A medida que transcurren las clases, el movimiento de “La Ola” comienza a hacerse notar mediante actos de vandalismo que van creciendo en nivel de violencia hasta que la situación se sale de control, dando lugar a un final dramático. Con este argumento, *Die Welle* buscó

actualizar un conjunto de interrogantes en torno a las implicancias del fascismo, especialmente en relación con las posibilidades de su resurgimiento en la Europa del siglo XXI.

Pero esta historia basada en hechos reales ya había tenido una versión fílmica producida en un contexto muy diferente. En el año 1982 la cadena estadounidense ABC emitió un capítulo titulado *The Wave* como parte de la onceava temporada de *Afterschool Special*, programa dirigido al público adolescente.

Durante el transcurso del film los personajes que forman parte del experimento pedagógico comienzan a dividirse entre quienes se sienten a gusto y se dejan llevar por las consignas masificadoras propuestas por el docente y quienes defienden el ejercicio de la libertad de pensamiento y el derecho a la elección individual. Los estudiantes más convencidos de las bondades de “La Ola” –que no por casualidad son aquellos que el relato muestra como los menos avezados– señalan que si eventualmente alguien sale herido durante el desarrollo de la actividad, eso deberá ponerse en relación con el beneficio de las mayorías y considerarse un daño menor. Como contrapartida, los estudiantes que aparecen caracterizados como los más capaces del curso pronto advierten la necesidad de hacer algo para terminar con el experimento pues “ya nadie está pensando por sí mismo y todos se comportan como ovejas”.

A diferencia de lo que ocurre en la alemana *Die Welle* de 2008, la versión norteamericana de comienzos de los 80 le asigna a esta historia un final feliz en el que todos los involucrados alcanzan a aprender una lección fundamental: la imposición de conductas estandarizadas sólo puede dar lugar a consecuencias terribles. Pero el espectador atento ha de haber captado algo más, ha de haber comprendido que ciertas manifestaciones violentas son apenas las consecuencias visibles de un peligro que se mantiene latente en el interior de la sociedad en la que vive. Este peligro no tiene que ver únicamente con la contingencia de que otros tomen las decisiones que le incumben a cada persona, situación que podría corresponderse con el contexto de una (simple) tiranía. Ese riesgo real reside en la posibilidad de que cada persona se deje encantar por falsas formas de protección colectiva y acabe resignando voluntariamente su individualidad al aceptar –e incluso preferir– que pocos decidan en nombre de todos. Ese riesgo real no es otro que el peligro del totalitarismo que habita en las estructuras paternalistas y que se disimula tras falsas definiciones de lo comunitario.

The Wave salió al aire durante los primeros años de la presidencia de Ronald Reagan. En el contexto de la Guerra Fría la emisión de este tipo de programas funcionaba como una herramienta fundamental para la difusión de un particular conjunto de ideas. Estos discursos hundían sus raíces en las propuestas que, desde la década del 40, venía desarrollando la Escuela Austríaca de Pensamiento Económico.

Ludwig von Mises y el miedo al Estado: la impugnación del intervencionismo

En el año 1944, antes del final de la Segunda Guerra, Ludwig von Mises publica casi simultáneamente *Bureacracy* (1944a) y *Omnipotent Government. The rise of total state and total war* (1944b). Cobijado por la ayuda de la Rockefeller Foundation, Mises ya se había instalado en los Estados Unidos tras migrar desde Europa por temor a la persecución del Nazismo e impartía clases en la New York University, cargo que ocuparía hasta su retiro en 1969, pocos años antes de su muerte.

Bureacracy y *Omnipotent Government* configuran una larga diatriba que el autor despliega para sustentar una denuncia alarmante: la civilización europea enfrenta la posibilidad de su destrucción definitiva a manos de un enemigo interno frente al cual resulta indispensable desconfiar: la estructura estatal (Mises, 1944a: 46). Mises admite que la existencia del Estado es inevitable pero el problema aparece cuando las prerrogativas estatales van más allá de la función de defensa frente a enemigos externos e internos, cuando “los tentáculos de la burocracia” (1) (Mises, 1944b: 34) comienzan a extenderse hacia los demás quehaceres de la vida social.

El autor invita a desconfiar de la supuesta neutralidad con la que las formas burocráticas predominantes suelen presentarse: estas siempre acaban imponiendo un determinado modo de entender la vida social que busca subyugar las perspectivas individuales. En última instancia, la gestión burocrática debilita la competencia y la intención de mejorar el capital y el talento humano, que son el combustible del crecimiento económico. Por eso, al desalentar la innovación, la gerencia burocrática atenta indirectamente contra el progreso social en su conjunto.

Mises afirma que la intervención gubernamental burocrática que defienden los socialistas termina produciendo un orden diferente del natural y, en el largo plazo, sólo puede conducir al caos pues en última instancia, el control total de todos los fenómenos sociales por parte del gobierno es sencillamente impracticable. Por ello el despliegue de las tendencias burocratizantes conduce indefectiblemente a un empobrecimiento general de la población, eleva los niveles de corrupción, disminuye la vitalidad social y, de mantenerse durante prolongados periodos de tiempo, acaba transformándose en una dinámica de arbitrariedad despótica (Mises, 1944a: 78). En última instancia, quien defiende al Estado está reivindicando una forma de compulsión que se vale de las armas para obligar a la gente a hacer aquello que no quiere. Quien considera que el Estado es Dios está deificando el monopolio de la violencia, la coacción y las prisiones: el culto al Estado es el culto a la fuerza (Mises 1944b: 112).

Los sistemas democráticos, agrega Mises, tampoco garantizan un resguardo confiable pues hay que comprender que los rasgos característicos esenciales del Estado y del gobierno no dependen ni de su estructura ni de su constitución particular: un gobierno elegido por el voto popular también puede desarrollar dinámicas despóticas. Por ello es necesario tener presente que la voluntad de las mayorías no está menos expuesta al error y a la frustración que la voluntad de los reyes o de los dictadores. Mises afirma que, aun cuando la democracia revista ciertos beneficios para la sociedad, por sí sola no representa ninguna solución última. Prueba suficiente de eso se obtiene al observar el derrotero que han seguido las democracias socialistas en naciones como Alemania o Rusia. Trazando una línea que busca conectar la impronta del keynesianismo con aquellas experiencias históricas, Mises expresa su indignada estupefacción frente a la continuidad de las ambiciones por parte de los Estados occidentales de acrecentar su influencia sobre las diversas esferas de la sociedad, cosa que sólo puede llevar a las naciones civilizadas a convertirse en inmensas oficinas administrativas.

En la continuidad de su denuncia, Mises apunta a la forma en la que las ideas totalitaristas buscan generar crecientes grados de consenso mediante la herramienta de la propaganda. He allí para Mises uno de los peores males de la burocracia y el socialismo, pues “más peligrosas que las bayonetas y los cañones son las armas de la mente” (Mises, 1962: 152). En ese sentido, los aparatos de prensa que los socialistas británicos han sabido poner a su servicio no son menos siniestros que la Gestapo de Hitler (Mises, 1944b: 12). La persuasión es la única forma de producir cambios en el nivel social que Mises reconoce como válida: si un hombre fracasa en sus esfuerzos para convencer a otras personas de la solidez de sus ideas no debe pedir una ley ni reclamar la intervención de la policía, sino culpar a sus propias incapacidades (Mises, 1944a: 26). La propaganda siempre incluye mentiras, falacias y supersticiones pues la verdad no necesita publicidad alguna. De allí que abogar por la libertad de mercado no deba interpretarse como el intento de reemplazar una ideología por otra. Las teorías del libre mercado nunca necesitarán propaganda pues constituyen la “correcta representación de la realidad” (Mises, 1944a: 67).

Pero el miedo que produce este diagnóstico de situación no debe conducir al quietismo. Mises destaca que es necesario pasar a la acción, pues no todo está perdido y aún existen cosas que la gente puede hacer para forzar a los gobiernos a combatir las nefastas influencias del intervencionismo.

Los gobiernos deben ser forzados a adoptar el liberalismo por la presión de la opinión unánime del pueblo. Para ello debe tomarse como punto de partida la siguiente máxima: ni el Estado ni nadie debe procurar incrementar por su cuenta el bienestar general (Mises, 1944a: 84). El aumento de la prosperidad de cada miembro de la sociedad no debe ser una tarea ni estatal ni

privada pues plantear semejante objetivo implicará indefectiblemente la construcción de formas de control sobre el comportamiento de los individuos, acción que en el mediano y largo plazo resultará indefectiblemente nociva. Los ciudadanos no deben delegar en otros las decisiones que cada uno ha de tomar a título individual.

Dándole a su elaboración teórica un marcado carácter proyectual, Mises concluye Bureacracy dirigiéndose a las nuevas generaciones e instándolas a producir los cambios necesarios para la defensa de la libertad. En esas últimas páginas, menciona repetidas veces que las transformaciones que él reclama deberán ser llevadas a cabo por aquellos jóvenes que, sin haber conocido el horror de la guerra y la necesidad, habrán de crecer muy familiarizados con el miedo frente al siempre latente peligro totalitarista. Esas generaciones que sin dudas verán amenazadas las posibilidades de forjar su propio destino deberán revelarse contra la burocracia en pos de gestar sus propias posibilidades de aportar algo nuevo al inventario de la civilización (Mises, 1944a: 95).

En plena expansión del modelo del *Welfare* la obra de Mises funcionó como una renovación del pensamiento liberal. Sus teorías influyeron sobre toda una generación de intelectuales austríacos y alemanes (Peterson, 2009). Su figura llegó, incluso, a inspirar uno de los personajes animados de la Walt Disney Company, el Profesor Ludwig von Pato (Professor Ludwig von Drake), un tío del Pato Donald que durante la década del 60 tuvo varias apariciones en el programa televisivo conducido por el propio Walt Disney. Se trataba de un profesor simpático y despistado que hablaba con un marcado acento alemán y que daba apasionadas lecciones eruditas sobre temas de interés general, como por ejemplo el modo en el que los desarrollos de los diversos géneros musicales del siglo XX se habían visto afectados como consecuencia de la Gran Depresión.

En la actualidad, el Ludwig von Mises Institute con sede en Auburn, Alabama, se presenta como una organización “académica y libertaria” dedicada a la investigación en los campos del derecho, la filosofía y la economía política. En su página web (www.mises.org) se declara muy enfáticamente que el Instituto no cuenta con ningún tipo de subsidio estatal y que se financia en su totalidad a través de donaciones privadas.

Friederich von Hayek y el miedo a la servidumbre: el coraje de ser libre

Antes de que la Segunda Guerra concluyera, Friederich von Hayek lanzaba su advertencia: la expansión de la lógica del Estado intervencionista no sólo resultará ineficaz como organizadora de la vida económica y social sino que además terminará conduciendo al conjunto de las

naciones civilizadas hacia el Estado total, como sucedió en la Alemania nazi y en la Unión Soviética stalinista.

The Road to Serfdom (1944) parte del siguiente diagnóstico: el mundo occidental ha emprendido un camino por demás alarmante que lo conducirá indefectiblemente hacia la centralización, la planificación y el control gubernamental. A menos, claro, que alguien alerte al público y lo convenza de que no debe dejarse engañar. De allí que resulte indispensable mostrar que la expansión del poder estatal –que había estado suficientemente justificada en el momento de la guerra– no debe perpetuarse ni mucho menos profundizarse después del fin de las luchas entre los ejércitos. Para ello resulta indispensable comprender los peligros que conlleva la estructura del “Estado de providencia” (Hayek, 1944: 30) caracterizada por la tendencia expansionista de la administración, la coacción sindical, la expansión del aparato de seguridad social y el aumento de las presiones tributarias, elementos presentes en los orígenes históricos de todos los totalitarismos conocidos. Ante la posible aparición de tendencias totalitarias, el público debe mantenerse alerta y no aceptar nunca la idea de que el individuo debe estar al servicio de esa “entidad superior que algunos llaman nación” (Hayek, 1944: 45).

Hayek apunta su crítica hacia el planeamiento centralizado del desarrollo de la economía y de la sociedad. Tomando distancia de la consideración de Mises según la cual todo tipo de planificación es sinónimo de totalitarismo (Stalebrink, 2004), Hayek afirma que la previsibilidad es una condición universalmente deseada, por lo que la necesidad de alguna forma de planificación resulta indiscutible. Lo que debe someterse a debate es quién debe tomar a su cargo semejante responsabilidad. Desde esta perspectiva, describe dos modelos que entran en disputa: aquel en el que las actividades económicas son dirigidas y organizadas de acuerdo con un proyecto central diseñado sobre la base de las opiniones particulares de un cierto grupo dirigenal y aquel en el que las decisiones económicas quedan libradas a los criterios que cada miembro de la sociedad pudiera desarrollar en base al conocimiento del que cada uno de ellos dispone.

Para evitar los peligros de la tiranía a la que inevitablemente conduce el primero de estos modelos, Hayek afirma la necesidad prioritaria de minimizar las cantidades de poder que los hombres pueden ejercer unos sobre otros. La amenaza que supone el socialismo y toda tendencia totalitaria debe combatirse con una reafirmación del individualismo comprendido como el respeto por la libertad personal que debe existir para que cada uno pueda desarrollar sus capacidades y perseguir sus inclinaciones. Este objetivo sólo se conseguirá una vez que el control de los medios de producción quede dividido entre la mayor cantidad posible de voluntades independientes.

Pero Hayek aclara que, por sí sola, esa condición no resultará suficiente. Será necesario además liberalizar la competencia, pues la regulación de los intercambios mercantiles reduce las formas de seguridad que conlleva la variedad de oportunidades, ofreciendo a cambio las “engañosas seguridades” (Hayek, 1944: 48) asociadas a las distintas formas de protección social.

Emulando la argumentación de Mises, Hayek también se dirige a las nuevas generaciones. En este sentido, destaca la necesidad de mostrarle a la juventud que la forma de seguridad característica del modelo del *Welfare* pone en peligro la libertad, que es sin dudas el más alto de los valores (Hayek, 1944). Para construir un mundo mejor, afirma Hayek, será necesario tener el coraje de aspirar a un nuevo comienzo, será necesario atreverse a liberar la energía creativa de los individuos y a quitar los obstáculos con los que la locura intervencionista ha atorado el camino de la humanidad. Sólo de este modo quedará garantizada la libertad económica, lo que constituye la condición necesaria para que pueda existir la libertad política o de cualquier otro tipo: ejercer libremente el derecho de elección sólo es posible si conlleva también el riesgo y la responsabilidad que dicho ejercicio supone (Hayek, 1944).

La recepción de *The Road to Serfdom* en Gran Bretaña fue acotada. El propio Hayek había aclarado que su libro no estaba destinado al consumo popular. Sin embargo, la edición estadounidense corrió una suerte bien distinta: tras el rechazo de tres editoriales, la University of Chicago Press publicó una primera tirada de dos mil copias. Antes de que transcurriera una semana, la demanda obligó a imprimir una segunda tirada de cinco mil ejemplares. Algunos meses después, a comienzos de 1945, la revista estadounidense *Reader's Digest* editó una versión reducida que terminó contando con más de un millón de impresiones permitiendo que el texto fuera accesible al público masivo. El mismo año la revista *Look* publicó una versión de las ideas del libro en formato de historieta. Las dieciocho viñetas que componían *The Road of Serfdom in cartoons* mostraban el recorrido de un hombre común que sin saberlo transitaba “el camino de la servidumbre”. Este hombre comenzaba su itinerario sometándose a las primeras formas de cercenamiento de la libertad laboral establecidas por los comités de guerra, continuaba aceptando la designación de un “líder fuerte” capaz de ejecutar las pautas fijadas por la planificación central, luego era sometido al adoctrinamiento por medio de la propaganda y terminaba siendo fusilado por un pelotón comandado por los jefes planificadores.

Friedrich von Hayek recibió el Premio Nobel de Economía en 1974.

Milton Friedman y el miedo a la centralización paternalista: la necesidad de dispersar el poder

Durante la Segunda Guerra Mundial, Milton Friedman colaboró en el Statistical Research Group de Columbia, trabajando como inspector de calidad de materiales bélicos. Después de la guerra volvió a la Chicago School of Economics, donde había realizado su formación de grado. Allí se desempeñó como docente durante treinta años.

Según Friedman, la existencia de las instituciones estatales resulta necesaria para preservar las libertades individuales pero el funcionamiento que estas instituciones suelen adoptar concentra en pocas manos las posibilidades de tomar decisiones y eso termina redundando en un peligro directo para aquello que se buscaba defender. Nada amenaza la libertad de una manera más concreta que la concentración de poder, pues se trata de un problema de estructuras y no de intenciones: aun cuando, circunstancialmente, el poder sea detentado por gente de buena voluntad, siempre atraerá a aquellos que busquen su beneficio particular en detrimento del resto de la sociedad.

Friedman sostiene que el principal peligro que representa la centralización estatista se relaciona directamente con los sistemas de seguridad social. Dichos sistemas conducen a un conjunto de nefastas consecuencias que se manifiestan en dos niveles, uno de orden inmediatamente económico, el otro de orden moral. En el primero de ellos, la sociedad productiva se ve sobrecargada con los altos y crecientes costos que la seguridad social supone. En el segundo nivel, el entramado social en su conjunto se ve obligado a lidiar con los efectos e implicancias que se desprenden de este tipo de protección: el debilitamiento de los vínculos familiares, la disminución de los incentivos al trabajo, al ahorro y a la innovación, la reducción de las posibilidades de acumular capital y la limitación de la libertad individual, que es el valor más sagrado de todos (Friedman y Friedman, 1979: 26).

Friedman afirma que, hacia fines de la década de 1970, ese fundamental valor de la libertad se ve amenazado por dos factores concretos, uno externo y el otro interno. El factor externo es evidente y manifiesto: se trata de los enemigos que se concentran en el Kremlin y que no descansarán hasta ver destruida a la civilización occidental. La otra amenaza es mucho más sutil y por eso, mucho más peligrosa. Es la amenaza interna que representan los hombres de buena voluntad que, quizás un tanto impacientes ante la lentitud con la que se producen los cambios sociales basados en la persuasión y en el ejemplo, se proponen ocupar cargos dentro de la estructura estatal para impulsar una ampliación de las protecciones sociales. Según Friedman, estos hombres no se dan cuenta de que semejantes medidas terminarán produciendo un debilitamiento de las voluntades individuales pues extenderían la tendencia a depender de la ayuda paternalista antes que a intentar resolver los problemas por mano propia (Friedman y Friedman, 1979: 68).

Si esos hombres alcanzan a impulsar efectivamente estas reformas, advierte Friedman, no sólo fracasarán en lo que respecta a sus objetivos inmediatos sino que además terminarán produciendo un horroroso descalabro colectivo del que muy posiblemente resulten ser las primeras víctimas. De allí que sea urgente y fundamental reflexionar sobre cómo evitar que el Estado termine destruyendo la libertad para cuya protección los ciudadanos lo erigieron y establecieron. El problema a pensar es, entonces, cómo mantener las ventajas que suponen las instituciones estatales anulando al mismo tiempo los peligros que conllevan las dinámicas de concentración de poder.

Frente a ese desafío, Friedman propone en su libro *Capitalism and Freedom* de 1962 el fortalecimiento de dos principios que están expresados en la Constitución estadounidense y que son abiertamente proclamados pero repetidamente violados.

El primero de estos principios afirma que el alcance del Estado debe ser limitado. La principal función gubernamental ha de ser la de proteger la libertad de los ciudadanos de los enemigos y peligros exteriores e interiores, preservar la ley y el orden, respaldar los contratos privados y fomentar la creación mercados competitivos. De esta manera el Estado ayudará a alcanzar más fácilmente de manera conjunta aquello que los ciudadanos podrían lograr quizás con mayor dificultad actuando separadamente. Pero su capacidad de intervención no debe ir más allá. El sistema social debe basarse en la cooperación voluntaria y en la innovación empresarial para que el sector privado pueda funcionar como un límite y un control sobre los poderes gubernamentales.

El segundo principio afirma que el poder del Estado debe ser dispersado en pos de evitar la concentración de responsabilidades. Friedman admite que un sistema estructurado de esta manera probablemente no pueda garantizar que no se cometan errores pero agrega que, desde una perspectiva porcentual-estadística, ningún sistema cuenta realmente con esa capacidad. La dispersión del poder al menos impedirá que las acciones administrativas gubernamentales puedan ser llevadas a cabo por grupos reducidos, es decir, evitará que las grandes decisiones puedan depender del discernimiento de pocas personas. En vistas de ese horizonte, Friedman propone un principio de muy fácil formulación: no asignar al gobierno ninguna función que pudiera ser desarrollada por el mercado (Friedman, 1982).

En 1976 Milton Friedman fue distinguido con el Premio Nobel de Economía por “sus triunfos en el campo del análisis del consumo, la historia y teoría monetaria, y por su demostración acerca de la complejidad de la estabilización política”, según se establecía en el dictamen. Cuando Friedman subió al escenario del Konserthuset de Estocolmo para recibir su galardón, un activista infiltrado en el auditorio comenzó a tocar un silbato y luego alcanzó a gritar un par de veces “*Friedman, go home!*” y “*Down with capitalism, freedom for Chile!*” antes de ser retirado

del recinto por el personal de seguridad. El presidente de la Academia Sueca se disculpó ante Friedman y ante los presentes diciendo: “Estoy muy apenado por este incidente. Pero podría haber sido peor”.

Algunas consideraciones parciales: el miedo y sus reacciones

Hasta aquí se ha propuesto una revisión del modo en el que el miedo a las tendencias totalitarias aparece como apelación en los albores del neoliberalismo. Sobre esa base, es necesario dejar apuntadas algunas consideraciones parciales.

La observación de los ejemplos recuperados permite señalar que el lugar que ocupa el miedo al totalitarismo en lo que hace a la configuración de la impronta neoliberal no es secundario ni accesorio; antes bien, resulta constitutivo de esta: la caracterización de los gobiernos autoritarios y la descripción de los peligros que encierra el intervencionismo estatal constituyen una referencia central en tanto que ayudan a definir las nociones de libertad y de igualdad que el neoliberalismo busca fomentar.

Mientras que el pensamiento liberal de corte clásico afirma que la libertad “natural” del individuo se actualiza en el ejercicio de la autonomía y la búsqueda de la emancipación (Rawls, 1991; Taylor, 1994), el pensamiento neoliberal sostiene que la libertad se manifiesta más claramente en la ausencia de impedimentos que restrinjan las decisiones económico-comerciales –en especial, en relación con la cantidad de alternativas entre las cuales los consumidores pueden optar– antes que en las posibilidades de participación en la vida política –como por ejemplo, en la elección de representantes–.

Por su parte, la igualdad es remitida dentro del liberalismo de corte clásico al ámbito jurídico formal y se expresa en la universalización de derechos legales (Rawls, 1991; Taylor, 1994). Desde la perspectiva neoliberal, en cambio, resulta preferible mantener e incluso profundizar las desigualdades socioeconómicas pues eso promovería la competencia entre los individuos y, consecuentemente, aceleraría las dinámicas sociales, condición que es señalada como indispensable para evitar los peligros del totalitarismo y para retomar la senda del crecimiento.

La consideración de ejemplos como el de *The Wave* también permite señalar que el miedo a los totalitarismos conlleva una forma particular de paranoia, pues invita a desconfiar no sólo de aquellos que puedan estar mintiendo al declarar aspiraciones altruistas para esconder ambiciones personales sino también de las posibles consecuencias que pudieran tener ciertas medidas bienintencionadas. Más aún: se vuelve necesaria una suerte de autointerpelación en

la que cada individuo debe cuestionarse si sus decisiones actuales no habrán de convertirlo más temprano que tarde en una suerte de enemigo de sí mismo. En ese sentido, la apelación al miedo al totalitarismo muestra por característica particular la de configurarse como un temor a los potenciales peligros que el presente incuba de manera oculta.

Los apartados anteriores han mostrado, además, cómo el discurso neoliberal que se extiende desde fines de la Segunda Guerra hasta mediados de la década de 1970 equipara a la política con el ejercicio del poder y a la democracia con un mero sistema de elección de representantes. Desde la perspectiva del neoliberalismo, los procedimientos democráticos están muy lejos de garantizar que el poder estatal no se ejerza arbitrariamente. Un sistema en el que haya elección de los representantes por parte de los representados pero que admita la planificación central de la economía puede terminar funcionando como un totalitarismo velado, lo que conduciría a peores resultados que los que eventualmente podrían producir formas de autoritarismo más explícitas. Por ello la democracia aparece muchas veces señalada por estos autores como un obstáculo potencial para la marcha de un sistema económico cuyo funcionamiento debe mantenerse siempre protegido de la intervención de elementos externos.

Recuperando las ideas que Roberto Esposito propone a partir de su interpretación del pensamiento hobbesiano (Esposito, 2003), también cabe destacar que el tipo de miedo que el discurso neoliberal busca difundir durante las tres décadas que coinciden con la expansión y crisis del modelo del *Welfare*, lejos de paralizar, obliga a la acción: se puntualizan los peligros a los que se debe temer en la misma medida en la que se señalan las reacciones que deben llevarse a cabo en pos de que dichos peligros alcancen a ser conjurados. El señalamiento del problema es acompañado del diagrama de la solución; el diagnóstico de la enfermedad es seguido por la prescripción del tratamiento necesario.

El discurso neoliberal de esta etapa apela al miedo buscando convencer a las poblaciones de que renuncien a cualquier tipo de protección social. Los individuos deben tomar en sus manos las riendas de su destino antes de que la amenaza del totalitarismo que esconden las tendencias del *Welfare* alcance a plasmarse en la realidad, pues para entonces puede ser demasiado tarde. Conformarse con las garantías de la seguridad estatal y consentir la centralización de la planificación económica equivale a transitar el camino hacia la servidumbre, pues implica aceptar que la definición de los objetivos sociales quede en manos de grupos reducidos, los que seguramente decidirán según su propia conveniencia. El neoliberalismo sostiene que nada –ni siquiera la seguridad social– puede ser tan importante como para aceptar la reducción de los márgenes de libertad: cada persona debe poder expresarse libremente, es decir, debe poder tomar sus decisiones sin tener que someterse a ningún tipo de

condicionamiento ni enfrentarse con ningún tipo de impedimento. Sólo así quedarán conjurados –aunque no anulados para siempre– los peligros contenidos en las tendencias totalitarias.

Antes de concluir este apartado, una aclaración necesaria.

Esta revisión que ha considerado una serie de ejemplos surgidos en los países denominados “centrales” aspira colaborar con la posibilidad de comprender el desarrollo del neoliberalismo en términos generales. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que este tipo de ejercicios resulta insuficiente para dar cuenta de las especificidades que el despliegue de la impronta neoliberal ha ido adquiriendo en cada región. Los discursos que invocaban los horrores de la Segunda Guerra no pudieron causar el mismo efecto en aquellos países que no sufrieron en forma directa las consecuencias de ese conflicto bélico. Además, el rol y las significaciones que se le adjudican al Estado difieren según las culturas, las idiosincrasias y las épocas. Lo mismo puede señalarse respecto de las experiencias relacionadas con los totalitarismos. Sin ir más lejos, el despliegue de la impronta neoliberal en Latinoamérica no puede comprenderse si no es puesto en relación con los procesos dictatoriales que se iniciaron durante la década de 1970 (Morresi, 2011). En ese sentido, las posibles relaciones entre las críticas a los sistemas democráticos presentes en el discurso neoliberal de posguerra y los argumentos legitimantes utilizados por dictaduras latinoamericanas configuran un terreno que no ha sido explorado a lo largo de estas líneas. Ese tópico particularmente sensible deberá ser objeto de futuros escritos.

Desde *The Wave* hasta *House of cards*: “usted no tiene derecho a nada”

En el primer apartado de este escrito, un programa producido y emitido por la televisión estadounidense funcionó como disparador y orientó la indagación hacia el discurso neoliberal emanado desde las escuelas de pensamiento económico de Viena y de Chicago durante las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra. En este apartado final, otra serie estadounidense servirá para apuntar esta reflexión hacia las condiciones de nuestra actualidad. A comienzos de la década de 1980, en el contexto de la Guerra Fría, la apelación al miedo al totalitarismo mantenía su vigencia: ese poderoso enemigo de la libertad y del *american way of life* que constituía la Unión Soviética seguía representando una amenaza concreta. De allí que el análisis de las significaciones particulares que subyacían en una ficción como *The Wave* sirvan como campo de análisis para perfilar algunas características de la impronta neoliberal. Pero los tiempos parecen haber cambiado.

En el Capítulo 2 de la tercera temporada de la serie *House of Cards* emitida en 2015 por Netflix, el personaje del presidente Frank Underwood se dirige a la población estadounidense

con un discurso transmitido por la cadena oficial. En esa alocución Underwood admite que los políticos de Washington mienten cuando dicen servir a la ciudadanía pues en realidad sólo se interesan por ser reelectos en sus cargos. Luego afirma que el sueño americano ha fallado: trabajar duro y seguir las reglas ya no garantiza ningún tipo de bienestar y es de esperar que las generaciones venideras no puedan aspirar a una vida mejor. Esta situación tiene una causa concreta: las diversas formas de seguridad asociadas al *Welfare* y el conjunto de derechos que esas estructuras suponen han paralizado el avance de la sociedad. De allí la sentencia que el presidente enuncia con énfasis y que luego repite pausadamente, sin dejar de mirar a la cámara y sin pestañear: “usted no tiene derecho a nada” (“*You are entitled to nothing*”). Estados Unidos fue fundado por gente emprendedora que supo construirse su propio futuro. El trabajo de los políticos debe consistir en facilitar a la gente los medios para que cada uno pueda ayudarse a sí mismo. A partir de esa justificación, Underwood concluye su discurso anunciando un ambicioso programa de creación de empleos subsidiados por el Estado cuyos costos serán cubiertos por un redireccionamiento de los fondos hasta entonces destinados a la seguridad social.

Reafirmando el carácter difuso de la línea que separa la ficción de la realidad, las nociones que habitan este discurso fueron retomadas y discutidas por revistas económicas de divulgación como Forbes, pero también fueron analizadas en artículos académicos producidos por *think tanks* neoliberales de primera línea como el Cato Institute. En más de uno de esos casos, esta alocución aparece citada para ejemplificar cómo un presidente ficticio puede llegar a ser mejor que uno real.

A partir de la comparación entre los ejemplos recuperados en los apartados anteriores y las implicancias que se deslindan de este capítulo de *House of cards*, pueden puntualizarse una serie de elementos que dan cuenta de algunas de las transformaciones que han acontecido desde los inicios del reaganismo hasta nuestros días.

En el discurso del presidente Underwood, el desmantelamiento de buena parte de las estructuras del *Welfare* es presentado como una propuesta progresista y superadora. Dicha propuesta ya no proviene de un grupo de académicos y economistas pertenecientes al sector privado que buscan convencer a las masas para que estas ejerzan presión sobre los gobiernos. Por el contrario, son los propios gobernantes los que entienden que poner en cuestión las protecciones sociales puede servir para ganar el favor de las mayorías. En este sentido, la acción de abogar por la renuncia a las protecciones de la seguridad social ya no se presenta como la respuesta a un peligro, antes bien, configura una suerte de arenga, una expresión netamente proselitista.

Esta impresión obligará a revisar el lugar que hoy ocupa dentro de las prácticas discursivas neoliberales aquella apelación al miedo al totalitarismo que otrora le resultara constitutiva. Dicha revisión quizás alcance a mostrar una idea inquietante que en estos párrafos finales apenas puede sugerirse: la impronta neoliberal ya no utiliza ese recurso y no lo hace, simplemente, porque ya no lo necesita. Por supuesto, esto no significa que la apelación al temor haya perdido efecto como maniobra de dominación social. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 el despliegue de nuevas doctrinas de seguridad ha alcanzado niveles inéditos (Borradori, 2004; Wallerstein, 2006). Sin lugar a dudas, la apelación al miedo continúa a la orden del día pero el señalamiento de los peligros a los que se debe temer ha girado su eje: ya no se hace referencia al riesgo latente que supondrían las protecciones sociales provistas por el Estado sino que se apunta a la amenaza patente que representaría el terrorismo internacional.

Si se constata que en nuestra actualidad el neoliberalismo ya no requiere difundir sus criterios alertando sobre los peligros supuestamente implicados en las tendencias del *Welfare*, estaremos obligados a considerar que las prácticas discursivas recuperadas a lo largo del presente artículo han sido en gran medida exitosas: ellas habrán convencido a la población no sólo de la importancia de rechazar el intervencionismo estatal, sino además de que, una vez establecida esa forma particular de libertad que se expresa en la competencia mercantil, ya no hay ningún tipo de opresión a la que resulte necesario recelar ni, menos aún, temer. Si esta impresión alcanza a confirmarse, estaremos en presencia de un gran triunfo de la impronta neoliberal.

Notas

(1) La paginación de las citas responde a las ediciones originales en lengua inglesa. La traducción de estas corresponde al autor del presente artículo.

Bibliografía

- Borradori, G. (2004), *La filosofía en una época de terror: Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, Buenos Aires, Taurus.
- Esposito, R. (2003), *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrurto Editores.

- Foucault, M. (2004a), *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France 1977-1978*, Paris, Gallimard-Seuil.
- Foucault, M. (2004b), *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France 1978-1979*, Paris, Gallimard-Seuil.
- Friedman, M. y R. Friedman (1979), *Free to Choose*, New York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Friedman, M. (1982) [1962], *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press.
- Hayek, F. von (1944), *The Road to Serfdom*, London, Routledge Press.
- Hayek, F. von (1948), "The Use of Knowledge in Society", *Individualism and Economic Order*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 77-91.
- Miller, P. y N. Rose (1990), "Governing Economic Life", *Economy and Society* 19 (1), London, Routledge, pp. 1-31.
- Mises, L. von (1944a), *Bureacracy*, New Haven, Yale University Press.
- Mises, L. von (1944b), *Omnipotent Government. The rise of total state and total war*, New Haven, Yale University Press.
- Mises, L. von (1962), *The Free and Prosperous Commonwealth: An Exposition of the Ideas of Classical Liberalism*, Princeton, Van Nostrand.
- Morresi, S. D. (2011), "Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)", *Crisis y metamorfosis del Estado argentino. El paradigma neoliberal en los '90*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, pp. 47-69.
- Peterson, W. (2009), *Mises in America*, Alabama, Ludwig von Mises Institute.
- Rawls, J. (1991), *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Stalebrink, O. J. (2004), "The Hayek and Mises Controversy: Bridging Differences", *The Quarterly Journal of Austrian Economics* 7, pp. 27-38.
- Taylor, C. (1994), *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós.
- Wallerstein, I. (2006), *La decadencia del poder estadounidense*, Buenos Aires, Dipló.
- Žižek, S. (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.